



CLÀUDIA

Rudolf Schwarz sujetaba la estilográfica con los dedos de la mano derecha. Tenía la izquierda apoyada en el papel y los ojos fijos en esa hoja inmaculada en la que pronto podría leerse el testimonio de sus sentimientos.

No. No podían constar allí. Aparecerían solo disimulados. Hablaría de amistad, de admiración, de añoranza...

Rudolf Schwarz podía llegar a rozar el límite de esos sentimientos, mantenerlos justo en la línea divisoria entre ellos y el amor.

Suspiró.

Sentía el corazón tan joven como a los veinte años, cuando todavía estudiaba en Kleindorf. Volvió a suspirar al recordar los años que tenía (los que constaba que tenía en su documento de identidad): sesenta y cuatro.

De pronto, se sintió abatido.

Enfundó la estilográfica, la dejó sobre la mesa y

apartó, con un gesto algo brusco, el folio inmaculado. A los sesenta y cuatro años no se escriben cartas sentimentales a una mujer joven y casada.

Se levantó despacio de la silla. Dio unos pasos indecisos por el pasillo.

Sin saber del todo qué buscaba, entró en el cuarto de baño. Se miró al espejo con atención.

Suspiró por tercera vez.

Sí, se notaba que no era joven, por mucho que él se sintiera así. Su rostro conservaba la regularidad de los rasgos de su fisonomía, el brillo inteligente de la mirada.

Inteligente, sí. Se sentía orgulloso de su inteligencia.

Ella pasaba horas escuchándolo con sus ojos finos y tiernos fijos en los de él sin parpadear. Entonces parecía interesarse de verdad por su cultura, por su carácter, por su comprensión de los problemas que ella le había expuesto.

Acudía con frecuencia irregular pero devota al piso de la calle de Enric Granados. No como alumna de alemán —no aprendería nunca alemán, pese a que cuando se presentó ante Rudolf Schwarz lo ha-

bía hecho con ese propósito—, sino como amiga fervorosa.

¿Acaso no habría en ese fervor amistoso, en esa gran ternura contenida, una pizca de amor?

¿Dónde estaba la línea sutil que separa el afecto del amor, la amistad del afecto? ¿Y cuándo esa amistad, ese afecto y ese amor empiezan a ser ilícitos?

Rudolf Schwarz volvió al estudio. Se sentó de nuevo junto al escritorio. Observó con doloroso rencor la pluma y el papel en blanco a los que no osaba confiar la misión de transmitir a Clàudia sus sentimientos.

No comprendía cómo un rato antes había podido creer que pluma y papel serían los instrumentos apropiados para una comunión sentimental entre ellos dos. Y que, tras haber transmitido lo que sentía, notaría alivio para su sufrimiento.

Le quedaba el teléfono, claro. Pero el teléfono era demasiado directo, demasiado brutal. Rudolf Schwarz prefería una carta. Una carta iba más acorde con su temperamento romántico.